

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Madrid*, por D. A. F. Grilo.—*La Urna de oro*, por D.^a Angela Grassi.—*La Amistad* (poesía), por D.^a Antonia Diaz de Lamarque.—*El Moral de la victoria*, por D. Rafael de Vida.—*Amor eterno* (poesía), por D. Antonio Corzo y Barrera.—*Teatros*, por don Diego de Rivera.—*Labores*, por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—*Modas*.
LÁMINAS: *Figurin*, núm. 826.—*Grabado de Labores*.

REVISTA DE MADRID.



ODAVÍA no ha sonado la hora. Todavía no hemos podido sacudir este fatigoso letargo que nos inspira la monotonía marcha del ardoroso Estío. Todavía nos envolvemos en esta atmósfera abrumadora y cansada de los días eternos, de las horas muertas, del sol ardiente, de la naturaleza dormida. Todavía Madrid no ha sacudido su sueño.

A pesar de todo, venimos observando desde hace pocos días un fenómeno que no deja de llamarnos la atención.

Entre los pliegues de un abanico, agitado constantemente por las pálidas manos de una mujer hermosa, está el *fresco*. En la suave y argentada nieve de un sorbete en el Suizo, está el *fresco* también; en el Salon del Prado, en los Jardines de los Campos Eliseos, y en otra multitud de paseos, se busca el *fresco* todas las noches. Es decir, que la mayor parte de nuestras elegantes damas, se han hecho aire con un abanico; han refrescado con un sorbete, y han salido á tomar el *fresco* todas las noches en los paseos que se extienden alrededor de la Cibeles.

Por lo que aquí se ve, el *fresco* ha sido hasta ahora una necesidad indispensable. Sin embargo, hacedme el obsequio de reflexionar un poco.

—Mañana hay un gran concierto, dirigido por Barbieri, en los Jardines de Apolo. Asistiremos juntos, con sus preciosas niñas. ¿Me acompañará V., amiga mía?

—No.

—¿Por qué?

—Eso nose pregunta, porque ya las noches van *refrescando*.

—Qué deliciosa está la luna. Parece la luz de los ojos de un ángel escondida en el cristal de una bomba dorada. Las hojas de los árboles apenas se mueven. El aire no tiene mas que un murmullo, un eco, un suspiro. El cielo se sonríe. ¡Qué hermosa es una noche de verano! ¡Está tan agradable el paseo! ¿Por qué nos retiramos tan pronto, querida mamá?

—Porque no es bueno esperar á mas tarde; porque os perjudica; porque mi deber os lo aconseja; porque lo manda el médico; porque *refresca* ya demasiado.

—Gran combate en la ría de los Eliseos. Brillante coro de *música celestial*, ó sea de truenos; es decir, de bombas y de cohetes. Exposición de micos dóciles, que se dejan acariciar por una dulce mano, ó sea por aquellas que les ofrezcan unas cuantas peladillas ó un cartucho de caramelos. Viaje á lo profundo, ó mejor dicho rápidas y difíciles variaciones sobre motivos de la *Montaña rusa*. Magnífica función la que se prepara en aquellos deliciosísimos jardines. Es imposible faltar á ella. Asistiremos, ¿no es verdad?

—¡Qué horror! ¡Asistir á los Campos haciendo ya tanto *fresco*!.....

Si no teneis fé en estos diálogos, lectoras mías, recogidos á la casualidad en el bullicioso desorden de los paseos, atended á estas preguntas.

¿Por qué se inauguraron los admirables conciertos de Barbieri? Por el *fresco*.



¿Por qué concluirán pronto? Por el *fresco* también.

¿Qué se buscaba no hace muchas noches en el Salon del Prado? El *fresco*.

¿De quién empieza á huirse en aquel mismo Salon? Del *fresco* que se buscaba ayer.

Empieza á declararse nuestro mayor enemigo, el que ha venido siendo hasta aquí nuestro amigo mas deseado.

Para que lo entendais mejor, mis amables lectoras: El *fresco* nos va dejando *frios*.

Tratemos ahora de resolver otro problema, que no deja de ser curioso.

¿Qué se necesita para hacer una Revista de Madrid? Estar en Madrid, conocer á Madrid y hablar de Madrid. Esto es indudable. Esto se le ocurre á cualquiera.

Sin embargo, al tratar de hacer nuestra revista, necesitamos hacer un viaje á *Paris*. Nos es indispensable contemplar sus mujeres, sus árboles, sus trenes magníficos, y todas las bellezas que en él existen.

Hacer una revista de la corte estando en Madrid, es casi imposible, puesto que la corte, en la actualidad, se encuentra lejos de nosotros.

Hacer una *Revista de Madrid*, seria muy difícil, sino diésemos unas cuantas vueltas alrededor del elegante *Paris*.

Me direis, qué relacion tiene *Madrid* con *Paris*, ó qué tiene que ver *esto* con *aquello*.

La explicacion es muy sencilla. El viaje es gratis, y la mayor parte de vosotras, mis queridas lectoras, lo haceis casi todas las tardes. Vais á *Paris*,

os sentais en *Paris*, y paseais alrededor de sus luces de gas, puesto que el Prado está en *Paris*, ó *Paris* está en el *Prado*.

En ese *Paris* en miniatura, en ese *Paris* madrileño, si se nos permite la frase, han cruzado durante las tardes y las noches del Estío encantadoras mujeres; han repetido sus juramentos afortunados amantes; han llamado la atencion trajes deslumbradores, y han hecho coro las arpas y las voces de los saboyanos, cantando sin cesar la descarada cancion de

« Me gustan todas, me gustan todas
En general... »

A Madrid le sucede en estos momentos lo que á los libros publicados por nuestro amigo Selgas, anda distribuyéndose por *Hojas sueltas*.

Estas hojas sueltas tienen cada cual designado su nombre. ¿Quereis conocer algunas?

Aquí teneis unas cuantas: Biarritz, Deva, Zarauz, el Escorial, y otras infinitas.

Hoy andan sueltas por esos mundos de Dios. Muy pronto volverán á juntarse en Madrid, formando todas ellas ese gran album, cuyas páginas son los palcos del Régio Coliseo, y nuestros salones mas aristocráticos.

Entretanto, procuraremos ir y venir, salir y entrar, para no perder la paciencia, los que en Madrid esperamos el alegre renacimiento de las tertulias y los saraos.

A. F. GRILO.

INSTRUCCION.

LA URNA DE ORO.

Fué en la gran ciudad de Lieja, centro de la activa industria flamenca, en donde sucedió lo que voy á referiros; en Lieja, la ciudad majestuosa y sombría al mismo tiempo, de calles angostas, do no penetra el sol, de casas altísimas y negruzcas, pero de anchas plazas, de soberbios monumentos, de gigantescas torres; que se agrupa parte en el fértil llano, parte en anfiteatros sobre las primeras colinas del monte de San Walburg, y que se espeja á la vez en dos caudalosos rios, el Mosa y el Ourthe, que multiplican cien y cien veces sus cúpulas en sus ondas temblorosas; que la rinden un tributo sin fin de perlas y murmurios.

Ahora bien; en Lieja existe una grande y suntuosa igle-

sia, llamada de San Pablo, y en esta iglesia, aun hoy se admira una bellísima urna de oro, en donde están encerrados los despojos mortales de San Lamberto, protector de la ciudad.

Y he aquí la sencilla historia de esta urna maravillosa, tal cual la refieren los ancianos obreros, cuando por las noches se entregan al descanso, sentándose en torno de una enorme jarra de cerveza, que es su bebida favorita.

Era en 1049: agostábanse los postreros frutos del otoño, y la brisa se iba convirtiendo en cierzo, y tras el cierzo asomaban los rudos aguileones que arrebatan á los árboles sus postreras hojas, que arrebatan á la tierra sus postreras flores; que todo lo tronchan y aniquilan, preparando la entrada triunfal del caduco invierno, que viene envuelto en un manto de nieve, que trae adornada la frente con una diadema de hielos!

Era el primero de Noviembre, día de la fiesta de Todos Santos; rayaba el alba, y las campanas de la ciudad tocaban melancólicamente *el Angelus*.

Ninguna luz brillaba en los cielos, ninguna luz brillaba en la tierra; los habitantes de Lieja dormían, y no lo oyeron.

Uno solo lo oyó, y es que su lecho era de espinas, porque lo habían mullido los cuidados; es que la miseria, con su voz lúgubre, mecía su inquieto sueño.

Despertó al oír el toque matutino, y al despertar lanzó un ¡ay! un suspiro doloroso.

—Hoy es el día de Todos los Santos, pensó; día de fiesta y de algazara, y no tengo pan para mis hijos, como ayer no tuve carbon para mi fragua! ¡Mi fragua está muda, el fuego no chisporrotea en ella, no se oye el ruido del yunque y del martillo, no se oyen los cantos de los obreros, no se ve el resplandor de la llama rojiza ó azulada, que todo lo alegra, que todo lo ilumina!

¡Ayer no se encendió! ¡Hace tres meses que no se enciende! ¡Ay de mi pobre fragua! ¡ay de mis pobres hijos!

Hullos, que así se llamaba el infeliz herrero, se entregó durante algunos momentos á un vértigo doloroso, pero las campanas con su *tam, tam*, solemne, le recordaron el cielo!

Las campanas tocaban á misa: ¡convocaban á los mártires de la tierra para que asistiesen al sacrificio sublime del mártir de las alturas infinitas!

Hullos se levantó, se puso su chaqueton de paño burdo, su gorro de lana, calado hasta las orejas, atravesó de puntillas el cuarto desmantelado en donde dormían su mujer y sus hijos, atravesó de puntillas la desierta fragua, y salió á la calle. La calle estaba llena todavía de sombras, y por entre las sombras llegó á la iglesia de San Pablo.

El sacerdote que decía la primera misa, estaba solo en el altar con los monaguillos, y los pasos de Hullos por el pavimento, levantaron un eco prolongado!

Hullos oyó la misa con fervor, oró con fervor delante de la urna, que encerraba los restos de San Lamberto, y al concluir su plegaria, pidió al Santo, con lágrimas del corazón, que hiciese un milagro en su favor, ¡que hiciese un milagro en favor de su fragua y de sus hijos!

La fé puede mover los montes de un lado al otro; la fé era tan grande en Hullos, que salió de la iglesia consolado...

Entonces el sol empezaba á dorar los altos campanarios, y cruzaban algunos transeúntes por las calles.

De pronto sintió que le tocaban en el hombro.

Era un antiguo compañero suyo, franco y sencillo como él, que estaba de pie en el umbral de una cervecería, y le convidaba con un vaso del líquido espumoso.

¡Hullos, que con su ferviente rezo creía haber salvado á su familia, entró... bebió!...

Tal vez bebió mas de lo prudente, tal vez en su estado de debilidad le produjo mayor efecto...

Salió de la cervecería con sus amigos, se sentó debajo de un árbol en el delicioso paseo de la Cornemuse, y se quedó dormido...

¡Cuándo despertó, las calles estaban otra vez llenas de sombras!

Su primer grito fué como el de la mañana.

—¡Ay de mi pobre mujer, sin pan! ¡ay de mis pobres hijos!

Fijó sus ojos en las estrellas del cielo, en las luces errantes que cruzaban por las ventanas de alguna casa, y tuvo horror y vergüenza de sí mismo.

—¡Padre sin corazón! exclamó golpeándose el pecho. ¡Tú embriagándote de cerveza, y tus pobres hijos con hambre!

La desesperación y los remordimientos se apoderaron de su espíritu turbado. Su exaltada fantasía ennegreció tanto su falta, que le parecía imposible que la tierra pudiese sustentar á un monstruo semejante.

El Mosa estaba á dos pasos de allí, y sus aguas se deslizaban blandamente sobre el florido cáuce...

¡Hullos fijó sus extraviados ojos en el río, que parecía brindarle con el reposo eterno!...

Paso á paso, reteniendo hasta el aliento, y como atraído por una fuerza misteriosa, se fué acercando á la pérfida corriente, que huía fugitiva invitándole á seguirla...

Pero en aquel momento resonó una campana, y luego otra, y luego otra, y luego todas las de la ciudad movieron de concierto sus lenguas argentinas, que parecían decir: *¡Paz en la tierra; paz, paz en la tierra y en los cielos!*

Tocaban al Ave-María.

Hullos se descubrió y rezó...

Entonces no supo si de las aguas verdosas ó de la verdosa arboleda, surgió una extraña figura, un viejo, un ermitaño, ó un Obispo de blanca barba y aspecto majestuoso...

Y entonces resonó una voz... ¿Era de arriba? ¿Era de abajo? No lo supo tampoco...

Pero la voz decía:

—Hullos, Hullos, ¿en dónde está tu fé? ¿en dónde está tu esperanza?... ¡Sin embargo, has creído y has rezado!... ¡Hullos, Hullos, ve á tu casa!... ¡Tu mujer y tus hijos también están rezando!... Pero no distraigas á tu mujer ni á tus hijos, coje un azadon y sube al monte de San Walburg...

¡Sube, sube, hasta donde está el convento de los monjes!... ¡Allí hallarás un gran moton de nieve, y debajo de la nieve unas piedras negras y relucientes!... ¡Y volverá á chisporrotear el fuego, volverá á brillar la llama, la fragua no estará muda, y tus hijos tendrán pan!

Hullos, al escuchar la voz, había caído de rodillas, había cerrado los ojos...

Cuando los abrió de nuevo, solo vió á las estrellas que rodaban silenciosamente por los cielos, solo vió á las ondas que se deslizaban silenciosamente sobre el florido cáuce, y la espesura muda é inmóvil como antes...

¿Era en efecto S. Lamberto quien se le había aparecido?

Hullos, lleno de fé, atravesó la ciudad, entró en su casa, en donde resonaban las preces que su mujer y sus hijos elevaban al bendito Santo; cogió el azadon con sigilo, y se dirigió á la montaña...

La noche era oscura, el frío intenso, las estrellas se habían ocultado debajo de las nubes, que dejaban caer grandes copos de nieve, y en las selvas cercanas se oían los ruidos de las fieras.

Hullos no sintió ni frío ni miedo: la fé le daba impulso;
¡la fé iluminaba su escabrosa senda!

Cayendo y levantando, con los piés chorreando sangre,
con el traje hecho girones, llegó al pié de los muros del convento.

Allí había un montón de nieve, y se puso á cavar diciendo:

—¡Milagroso San Lamberto, ven á mi socorro!

Y cavó, y cavó, y al cabo de algún tiempo, halló muchas piedras negras y relucientes.

—¡Pim, pam, pim, pam, pam, pim, pim, pam!

—¿Qué es esto? ¿Suenan la fragua de Hullos? ¿En la fragua de Hullos brilla una gran llama?

Esto decían los vecinos que salían al toque del *Angelus* del día siguiente para oír la primera misa.

Y todos se agruparon en la puerta de Hullos, el pobre herrero, y ¡oh extraña maravilla!

¡Eran piedras negras y relucientes las que llenaban la fragua, y se iban convirtiendo en brasas; eran las piedras negras y relucientes las que despedían aquella llama vivísima que iluminaba la calle!

¡Y Hullos trabajaba con ardor, manejando alternativamente el yunque, el fuelle y el martillo, y su mujer y sus

hijos estaban arrodillados en torno de él, diciendo:

—¡Gloria, gloria, al bendito San Lamberto!

¡Aquellas piedras negras y relucientes eran el carbon de piedra, al que se dió el nombre de *Hulla*, en memoria de su descubridor, el pobre herrero!

¡El carbon de piedra, que debía ser de tanta utilidad á la moderna industria, dando impulso á sus máquinas gigantescas; prestando alas á los barcos de vapor para desafiar las tempestuosas ondas de los mares; prestando alas á la soberbia locomotora, que cruza silbando por montes y por valles, triunfando del tiempo y las distancias!

Hullos se hizo rico; su pobre fragua se trocó en un vastísimo establecimiento, en donde millares de felices obreros cantaban al compás de sus martillos; pero con los primeros beneficios que reportó de la nueva industria, hizo construir para el Santo bendito aquella preciosa urna de oro, que asombra á cuantos visitan la iglesia de San Pablo.

Tal es la sencilla tradición que cuentan en Lieja los obreros, cuando por las noches se entregan al descanso, y añaden á modo de corolario:

—¡Fé y trabajo, hermanos, que con la fé y el trabajo el hombre todo lo alcanza!

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

LA AMISTAD.

Cerca plantados, en union cubriendo
El alto muro con sus ramas bellas,
Puro jazmin y plácido eliótropo
De estendido verjel ornato eran.

Altos se hallaban, mas de pronto el bóreas
Sus tallos azotó con saña fiera;
Arrojados se vieron de su asiento,
Cayendo entrambos sin vigor en tierra.

En tan duro peligro al contemplarse,
De su antigua amistad dándose pruebas,
Mútuo auxilio se brindan cariñosos,
Y en dulce abrazo con amor se estrechan.

Unen sus tallos, su poder recobran,
Entrelazado su ramaje elevan,
Y tal firmeza por su bien alzan,
Que ya del bóreas el furor desprecian.

El aura, precursora del Estío,
Aun mas frondosos los miró á su vuelta;
Más regalado aroma halló en sus flores,
Y en sus tallos mas gracia y gentileza.

»¿Qué mucho, oh amistad, dice al mirarlos,
»Que por los hombres venerada seas,
»Si hasta las plantas con amor te acogen,
»Y amparo y vida con tu influjo encuentran?

»Tú alivias el dolor de los que sufren,
»De los dichosos la ventura aumentas,
»Tú eres el bien mas alto de la vida,
»¡Sacrosanta Amistad, bendita seas!»

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

EL MORAL DE LA VICTORIA.

TRADICION ECIJANA.

I.

Una tarde de la primavera de 1629, dos religiosos, de San Francisco de Paula el uno, y de la Compañía de Jesus el otro, departían amigablemente en uno de los bancos de piedra que rodeaban un moral frondoso, que descollaba entre todos los demás árboles de la huerta del convento de la Victoria de Ecija. El Mínimo era el P. Juan de Morales, cronista de su Orden: el Jesuita, el sábio escritor y anticuario insigne Fr. Martin de Roa.

—Pero esa narración que vais á empezar, decía el Padre

Roa, ¿se apoya en algun documento de vuestro archivo?

—No tiene mas apoyo, replicó Fr. Juan, que la tradicion no solo del convento, sino de la ciudad entera, cuyos abuelos, y aun muchos de los que hoy viven, fueron testigos del prodigioso brote del báculo del hermano Martin.

Ya sabeis, continuó, que despues de los conventos de Málaga y Andújar, éste, de Nuestra Señora de la Victoria, fué de los primeros que fundaron los discípulos de mi glorioso Patriarca, cuando éste aun vivia en la corte de los Reyes de Francia, siendo el santo Mínimo el mas grande entre sus grandes, por el amor y el respeto con que le distinguia el Monarca.

Uno de los primeros habitantes de esta casa santa, fué el hermano lego, Fr. Martin del Marmolejo, corazon bondadoso y sencillo, de ardiente fé; un corazon de esos á quien Dios en premio de su sencillez y caridad derrama en ellos los tesoros de su gracia, y en remuneracion de su fé muestra su omnipotencia en toda su plenitud.

Fr. Martin, entusiasmado con las relaciones que los Padres venidos de Francia hacian de la humildad y milagros de San Francisco de Paula, quiso conocer al glorioso fundador de su Orden, y obtenido el permiso de sus superiores, sin tener en cuenta la distancia, el pobre lego caminó en su busca. Llegó á Tours, donde San Francisco de Paula, siempre humilde, estaba de conventual, mortificado en vez de complacido con las visitas y consideraciones con que le distinguia el rey Carlos VIII, que habia heredado con la corona el amor y el respeto que al Mínimo profesó Luis XI.

El Santo fundador escuchó enternecido al fraile español, que en su juventud habia sido soldado, y asistido á las gloriosas conquistas de Málaga y Granada, sus entusiastas relaciones en que brillaba la ardiente fé que, animando á los Reyes, capitanes y soldados, habia producido tan heróicos hechos; y San Francisco lloró oyendo referir á Fr. Martin la toma de Málaga, donde sus frailes se habian posesionado en nombre de la Virgen de las Victorias, para fundar el primer convento de su Orden, del sitio donde Francisco Ramirez de Madrid estableció las baterías de la naciente artillería española, terreno concedido por el Rey católico en gratitud á los prodigios en él efectuados.

Con lágrimas de gozo oyó tambien la relacion que Fray Martin le hizo de la fundacion de esta santa casa, cuya iglesia, como sabeis, ocupa el sitio donde el glorioso Apóstol San Pablo se apareció á Anton de Arjona; casa y huerta edificadas en el palacio y jardín que D. Francisco de Aguilar y Córdoba, el Bizarro, y D.^a Elvira Ponce de Leon cedieron, y á cuya obra contribuyó toda esta ciudad, siempre ferviente y piadosa; y como Fr. Martin pidiese al Santo fundador algun objeto de su pertenencia como recuerdo de su visita:

—Tomad, le dijo el Santo, este báculo en que mis muchos años se apoyan; servíos de él en vuestro viaje á España, y cuando lleguéis á esa ciudad de Ecija, que tan fervorosa y caritativa me pintais, plantadlo en uno de los patios de vuestro convento, que él brotará, y sin necesidad de riego, interin en Ecija haya fé, que es lo que necesitará para nutrirse, crecerá lozano, y sus frondosas ramas prestarán apacible sombra y seguro abrigo durante el ardor de

las pasiones y las tormentas del corazon. Encargad á vuestros hermanos que sean humildes y caritativos, y paguen el bien que Ecija les ha hecho, enseñándoles con su ejemplo y predicándoles continuamente con su patron San Pablo, *Charitas non inflatus*, porque ¡ay! de ellos el dia que se seque el árbol que de este palo nazca; señal será de que su fé se ha entibiado y la vanidad ha sustituido á la caridad cristiana.

Fr. Martin del Marmolejo volvió á su convento mas satisfecho con el baston del Patriarca, que si hubiera traído consigo los tesoros de Creso: llegó á Ecija, enterró el báculo segun San Francisco le ordenara, y en premio de su fé, Dios permitió que del palo seco brotara ese árbol lozano que nos cobija con sus frondosas ramas. Y no paró ahí la misericordia del Señor: miradlo descogollado y sin corteza en todo cuanto la mano alcanza; pues bien, ¿sabeis la causa. Las piadosas gentes de este barrio buscan y encuentran en él la panacea universal de todas sus dolencias, y no hay hora del dia ni de la noche en que algun necesitado no venga á llamar á nuestra porteria, para llevar á su casa la salud en forma de rama, de hoja ó de corteza de este santo árbol, que hace 122 años que, segun la espresion de San Francisco, vive y se nutre con la fé de esta ciudad. Y la madre lo lleva para socorro del hijo enfermo; y la esposa como talisman que salve al esposo querido de los peligros de un viaje; y la doncella pudorosa pone sus hojas sobre el corazon como confortativo á su virtud; y el doncel que marcha á la guerra y lleva una crucecita de sus ramas, seguro va de volver, y de que Dios y su patria nunca se separarán de su memoria. Dios que ama á los corazones sencillos y no abandona á los que en él esperan; Dios que muestra su omnipotencia, no á los que le piden milagros, sino á los que le demandan misericordia, hace descender por este árbol rios de su bondad infinita, y el vegetal crece y eleva sus ramas en busca del tronco del eterno, como sube el humo del incienso que quema la gratitud del pueblo; y todo él se robustece en la atmósfera de fé que en esta ciudad se respira, interin estiende sus raices buscando el jugo de la sangre de Florentina y de los infinitos mártires que regaron este privilegiado suelo.

II.

Hace dos años, el verano de 1864, me encontraba en Ecija. Era un dia de Agosto, no recuerdo cuál, en que el Jubileo de las Cuarenta horas estaba en la iglesia del suprimido convento de la Victoria. Multitud de pobres de todas edades, sentados á la puerta del templo, imploraban la caridad de los devotos; ninguno de ellos, ni jóvenes ni ancianos, de todos á los que pregunté, supo darme razon de dónde estaba el Moral sagrado, cuya historia habia leído en las *Obras del P. Roa* y en el *Epitome de la Religion de los Mínimos de Andalucía*.

Pregunté á los que entraban y salian en la iglesia, y el que mas, recordó haber oido ese cuento cuando chico, y haber visto el árbol antes de la expulsion de los frailes; pero ninguno sabia si existia aún. Por fin, un anciano, jornalero del campo, uno de esos inválidos del trabajo, que en su legítimo y santo orgullo de no haber debido nunca su pan

mas que al sudor de su frente y á las fuerzas de sus brazos, prefieren el hambre á tenerlo que pedir, se ofreció á guiarme al *Moral del Santo*.

Del convento de la Victoria no queda en pié mas que la iglesia; demolido, para vender los materiales quizás, no puede absolutamente formarse idea de la distribución del edificio; pero segun parece, el tradicional moral debió estar en algun patio interior ó á la misma salida de la huerta. Era un día de Agosto, como he dicho, y el sol canicular lanzaba sus abrasadores rayos sobre aquellas ruinas, dejándose sentir, como únicamente en Ecija se siente, y sin embargo de que la respiración faltaba al atravesar por sus escombros, yo sentí un frío glacial recorrer mi cuerpo, cuando mi conductor me dijo: Este es el árbol que buscáis. ¡Cuántas ilusiones deshechas en un momento! ¡Cuántas amargas reflexiones en un instante!

Cercado de un poyo de material, á la manera del brocal de un pozo, por la parte del que fué convento, y al nivel del terreno por el lado de la huerta, un moral descascarado, raquítico y enfermo, inclinaba hácia la tierra sus secas ramas, y mas que el saludable anciano, á quien sus 359 años llevaban á la tumba, parecia el adolescente á quien la tisis mata en otro clima de aquel en que nació. El cercadillo que lo rodeaba, le habia parecido al colono de la huerta á propósito para cuadra, y dos asnos atados con una cuerda al árbol venerando, mordian su corteza y removian la tierra de sus raíces, que en otros días habia labrado la esperanza, y regado con sus lágrimas la gratitud.

—Seguramente, dije á mi guía, Vd. se ha equivocado; este árbol tan endeble no es posible que tenga cerca de cuatrocientos años.

—Es que se va consumiendo, me contestó el labriego, porque segun mi abuelo contaba, á este árbol lo hizo nacer la fé de un lego; la de este pueblo lo hizo crecer, y el día que esa virtud faltara en Ecija, lo veríamos secarse y morir: afortunadamente, añadió señalando las ramas del centro que se elevaban como buscando el cielo, aun tiene bastantes hojas verdes.

RAFAEL DE VIDA.

AMOR ETERNO.

Todo perece y se consume. Ufana
La flor que al viento su perfume hoy da,
Trocada en polvo y sin olor mañana
El sueño de la muerte dormirá.

Pintado el campo se mostró en Estío
Con el matiz de la dorada mies:
Hoy sin espigas, solitario y frío,
Triste recuerdo de sepulcros es.

La mariposa de lucientes alas
Que vuela de las flores en redor,
Pronto ¡ay! muy pronto perderá sus galas,
Y morirá lo mismo que la flor.

El claro día que en la noche muere,
La noche que en la aurora morirá,
Brisas que halagan, huracan que hiere,
Penas que vienen, y placer que va,

Todo espira del tiempo á los rigores,
Cayendo de las parcas á los piés;
Y lo que ayer lució, rico en primores,
Recuerdo hoy triste de sepulcros es.

Solo del tiempo atajará las iras
El amor que en el pecho guardo yo,
Puro, hermoso, cuál tú que me lo inspiras,
Eterno como el sér que nos formó.

Que amor como el que siento tan profundo
No puede con la vida sucumbir:
¡Mi corazón, cuando abandona el mundo,
Su puro amor se llevará al partir!

ANTONIO CORZO Y BARRERA.

TEATROS.

Solo las cosas ó los acontecimientos vulgares pasan á nuestra vista sin producir sorpresa ni colisión alguna de ideas. Por el contrario, los que en sí entrañan algo de extraordinario, los que rompen la monotonía de los que comunmente se suceden, nos asombran ó cuando menos llaman poderosamente nuestra atención, y si pertenecen á la esfera de las letras y las artes originan la contradicción y la contención en los ánimos.

Esto último ha pasado con motivo de la aparición artística de Ernesto Rossi en las tablas del coliseo de la ZARZUELA.

Antes de verle se aguardaba con impaciencia el momento de dictar un fallo, en vista del interés que desperta-

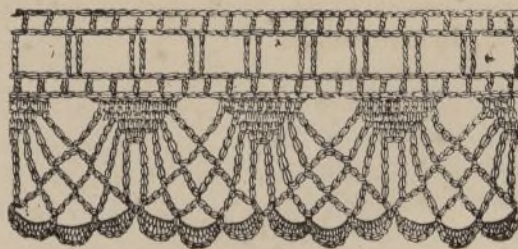
ban las noticias que le precedían: despues de haber ejecutado varias funciones se ha mezclado en el juicio de muchos la levadura de la pasión, desprimiéndole unos pocos con suma severidad, y ensalzándole los mas con entusiasmo y acaloramiento. Señal es ésta de que sus condiciones salen de lo vulgar. Podrá ser el actor de que tratamos mas ó menos igual, mas ó menos perfecto, pero al fin resultará que ha fijado la pública atención en época desventajosa, y esto ya indica por sí solo un mérito nada comun.

Dejamos consignado en la anterior Revista que habia comenzado sus representaciones con el *Hamlet* de Shakspeare, y seguido con el *Othelo* del mismo autor; haciendo notar particularmente la admirable manera con que habia

1



2



MADRID.

Calle de LOPE DE VEGA, núm. 10.

Núm. 50.

diversificado los caracteres del príncipe dinamarqués y del caudillo africano. Pues bien, esta cualidad, honrosa para un actor y difícil de poseer, se ha revelado posteriormente con gran viveza en el *Kean*, ó *gênio y desórden*, ejecutado á los dos días del último de aquellos dramas.

La indole de esta produccion (que como de Alejandro Dumas, padre, tiene mérito é interés), se anuncia en la segunda parte del título, la cual explica el asunto con relacion al personaje que forma la primera. Conocida del público español la obra, no nos extenderemos en inútiles noticias acerca de ella: diremos solamente que ofrece ancho campo preparado con habilidad para el lucimiento de un actor; que en ella tiene el artista formulados los sentimientos mas encontrados, ya suaves y terribles, ya patéticos y desgarradores, ya superficiales y profundos. Prueba árdua era por lo tanto para el Sr. Rossi el desempeño de este drama, pero supo vencer las dificultades que se le presentaban, si bien no siempre con igual fortuna.

El defecto que puede atribuírsele al representar á Kean, en general es que mas bien que de carácter elevado aunque extravagante, le pinta como superficial y calavera. Las proporciones de aquella figura son armónicas y correspondientes entre sí, pero parecen un tanto pequeñas y débilmente acentuadas, lo cual da por resultado un conjunto poco grandioso. En el tercer acto en que el protagonista es llamado payaso por un lord, el Sr. Rossi emplea la ironía y la amargura del hombre que desprecia á quien le ofende, pero no se vé en él apenas la indignacion del artista herido en lo que mas ama, en su profesion, que contesta á su injuriador con la indignacion de quien le excede en caballerosidad y buen tono. Esta equivocacion de punto de vista no impide que el Sr. Rossi tenga momentos felices de esos que van al público, momentos que le valen aplauso. Sin embargo, donde éste es justificado con extremo, es en el segundo acto, acto en el cual revela y demuestra las condiciones mas prodigiosas para la comedia, por su aplomo en la escena, por la sobriedad de sus maneras, por la verdad artistica de su expresion; sin que sea decir que en el resto de la obra no tenga otros pasajes de lucimiento y feliz éxito.

El drama *Kean*, aunque impropriamente vestido segun la época actual, fué puesto en escena con esmero y decoro, habiendo formado un cuadro armonioso y acabado los actores que en él tomaron parte. Uno de estos merece especial

mencon, á saber, el Sr. Salvatore Rosa, encargado del papel de príncipe de Galles. Puede decirse que desempeñó su parte con perfeccion. Verdad de carácter, decoro de maneras, sobriedad de accidentes, fueron los principales distintivos de su ejecucion.

Despues del drama de Dumas, ha puesto en escena el Sr. Rossi un melodrama de Bouchardi, sabido de memoria por nuestro público, *El campanero de San Pablo*. Poco afortunado ha sido el éxito de esta funcion, diremos hablando con imparcialidad; al menos comparándolo con lo que debía esperarse de la alta reputacion y nobles cualidades del actor protagonista. En la ejecucion de esta obra nuestro público no ha podido menos de caer en el peligroso escollo de las comparaciones, pues conociéndola perfectamente segun hemos dicho, le era casi imposible no recordar que algunos de nuestros actores españoles brillan en ella á una superior altura. El Sr. Rossi empezó la representacion mejor que la concluyó, habiendo sido el segundo acto el lugar en que con mas tino interpretó lo dramático del asunto. Si hubiera economizado ciertas transiciones violentas de entonacion que abundaron en la noche á que nos referimos; si en determinadas situaciones, en vez de la expresion patética, hubiera empleado una acentuacion varonil y vehemente; el resultado habria sido muy distinto. De todos modos, el Sr. Rossi recibió aplausos en varias ocasiones.

El campanero de San Pablo fué puesto en escena con mediano esmero, no habiendo formado la compañía un cuadro tan acertado como en el *Kean*.

Ultimamente se ha ejecutado una comedia original italiana en cinco actos y en prosa, denominada *Un vicio de educacion*. Por hoy no podemos hablar de ella detenidamente como merece, pero diremos que agradó al público y que el desempeño fué siempre bueno, y en algunos pasajes excelente. El público que no conocia absolutamente la obra, que veia en los carteles un pomposo elogio de ella, asistió á la representacion con la fria severidad con que concurre á los estrenos españoles. Al fin su voto fué favorable á la produccion, celebrando el acierto del autor el cual se llama Aquiles Montignani, si mal no recordamos. Para la representacion tuvo muchos aplausos que no mereció solamente el Sr. Rossi sino otros actores en particular y la compañía en conjunto.

DIEGO DE RIVERA.

LABORES.

Los trebejos de *malla*, relegados pos espacio de algunos años á un olvido injusto, han recobrado su prestigio primitivo, reapareciendo con todo el atractivo que la Moda y el arte en amorosa union prestan á sus creaciones favoritas. No se trata de la antigua malla que creaba escasamente dos ó tres objetos, y cuyos dibujos eran difíciles de variar; se trata del calado de malla bordado encima á punto de zurci-

do y calado, combinacion á que se ha dado el nombre de *malla guipure*, y que á mas de formar ella sola objetos primorosos, sirve para guarnecer otros muchos de lencería rica, como podria guarnecerlos un encaje.

Una muestra de esta combinacion, presenta el grabado que acompaña á este número en el pañuelo que ocupa el primer lugar: para obtener la tira de malla que le sirve de

cenefa debe principiarse la malla á punto cuadrado comun, con mallero no muy grueso, por la mitad de un rincon al biés, y continuar menguando un punto en una orilla y aumentándole en la contraria hasta obtener el largo de un pañuelo; llegando á formar la mitad del otro rincon (siempre tomándolo al biés), y en este sitio se hacen dos vueltas, sin aumentar ni disminuir, prosiguiendo despues como anteriormente, con la sola diferencia de cambiar los crecidos y menguados al revés, con lo que irá resultando el cuadro. Terminada la guarnicion de malla se borda con algodón fino, como el que se ha empleado, siguiendo el dibujo, lo mismo en los cuadros mates, que están cubiertos á zurcido, que en los otros en que el algodón forma círculos ó estrellas sostenidas por el mismo cabo, de un modo que aparece harto claro en el dibujo. Terminado de bordar, se pega al cuadro de batista por medio de un feston, y se termina con otro al canto, recortando la malla que exceda.

Hé aquí una de las mas modernas invenciones que, como de costumbre, ofrecemos á nuestras lectoras, para que no carezcan de modelos de cuanto el arte invente en materia de Labores. Olvidábamos decir, que para bordar la malla con mas facilidad, debe hilvanarse al bastidor, ó bien tirante á un hule de bordar.

El segundo modelo es una puntilla de *crochet*, que por su extraño dibujo merecerá tambien favorable acogida, siendo muy á propósito para guarnecer escotes de camisa, chambras, gorras de mañana, etc.

Princiábase sobre una cadeneta del largo que se necesite, empezando en todas las vueltas, para que salga siempre del derecho.

1.^a Vuelta.—1 bar., 3 ps. sencillos, 1 bar., 3 ps. sencillos, y así hasta el término de la cadeneta.

2.^a—*2 bar. triples (echando tres veces la hebra en vez de una), 5 ps. s., 2 bar. trip., 5 ps. s.* Se repite de señal en señal hasta el fin de la vuelta, lo que se entenderá en las demás.

3.^a—Como la primera.

4.^a—9 ps. dobles, *11 sencillos de cadeneta, 9 ps. d., dejando cuatro por medio de los anteriores.*

5.^a—7 ps. d. sobre los nueve, dejando uno por cada lado sin cubrir, *7 ps. s., 1 p. d. en el que hace la mitad de los once, 7 ps. s., 7 ps. d. sobre los nueve siguientes.*

6.^a—5 ps. d. sobre los siete, *7 ps. s., 1 p. d. en el quinto de los siete sencillos de la vuelta ant., 3 ps. s., 1 p. d. en el tercero de los siete que siguen, 5 ps. d. sobre los siete dobles que siguen.*

7.^a—3 ps. d., sobre los cinco, *7 ps. s., 1 p. d., en el quinto de los siete de la vuelta ant., 3 ps. s., 1 p. d., en el centro de los tres que siguen, 3 ps. s., 1 p. d., en el tercero de los siete que siguen, 3 ps. d., sobre los tres dobles siguientes.*

8.^a—1 p. d., en el quinto de los primeros siete sencillos, *5 ps. s., 1 p. d., en el centro de los tres que siguen, 5 ps. s., 1 p. s., en el centro de los otros tres, 5 ps. s., 1 p. d., en el tercero de los siete que siguen, 1 p. s., 1 p. d., en el quinto de los siete siguientes.*

Con esta vuelta se habrá hecho un feston de presillas al aire de gran igualdad, que no hay mas que llenarlas con tres barras cada una, separando cada tres por un punto doble, lo que marca la forma del feston mate.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS.

FIG. 1.^a TRAJE DE PASEO.—*Vestido-Imperio*, de seda color de tórtola, con lunares grosella, y flecos y bieses de este color.

Este traje, de corte de sotana, va escotado en cuadro y sin mangas, terminando la falda media vara mas corta de lo necesario, y completando su largo un volante de la misma tela: un biés grosella guarnece todas las costuras de la sotana, el bajo de ella y el escote, en cuyo sitio, así como al borde inferior, va un fleco de seda blanco y grosella.

Camiseta, alta de muselina con manga larga, que suple á la del vestido.

Sombrero Pompadour, de paja, con ala redonda y plana, adornado de lazo grosella con cabos flotantes, grupos de bellotas de paja y echarpe de tul, que le atraviesa y sujeta debajo de la barba, con flor ó lazo grosella.

FIG. 2.^a TRAJE DE JARDIN.—*Vestido*, de muselina blan-

ca, adornado de guarnicion encañonada y cinta malva.

Falda, montada á pliegues pequeños, terminada por un volantito encañonado, que sube doble á cerrar por delante, figurando vestido abierto. Una cinta lisa de color malva cubre su pegadura.

Cuerpo-fichú María Antonieta, con manga larga y talle redondo, abierto en V por delante, rizado del hombro y del talle con entredoses bordados en el hombro, y guarnicion con cinta colocada en forma de fichú. Una escarapela malva en el pecho, y cinturón de igual color con cabos flotantes por detrás, completan el traje.

Sombrero Emperatriz, redondo, de paja de Bruselas, con cinta de terciopelo alrededor de la copa, y grupo de cerezas por delante.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1866.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.